

TIAGO APOSTOL

Por TRISTAN YUSTE

«saudade», y esas otras palabras extrañas y ultrapeninsulares de «dor», «longing» y «sehnsuch».

El complejo de «morriña» es una reminiscencia telúrica y dionisiaca. Les viene a los gallegos de las entrañas de su tierra por el abocadero de sus montes agrestes y paupérrimos, de sus gándaras crasas, de sus rías caudalosas, y les llega a la carne y les cala los huesos en un continuo vaivén de ese botafumeiro inmenso: la melancolía. El ambiente, sólo ese ambiente gallego, y lo que él encierra, que lo encierra todo, es la matriz de la «morriña», ese modo de ser y de reaccionar, tan «saudoso» y duro, tan entero. Sólo una mujer gallega y esos campos verdes y siempre húmedos y esos «montes terrosos y chatos, de contornos ondulantes y sinuosos, como de senos y caderas mujerieles», que Miguel de Unamuno describiera, pueden enamorar a los gallegos hasta enloquecerlos y darles a enfermar y morir de amor por ellos, como le sucediera a Soas de Paiva, según cuenta el marqués de Santillana.

No, y pese mil veces a Teixeira de Pascoaes, del cristianismo semita unido al paganismo ario, no procede la raíz de «morriña», sino al contrario casi. Si la «morriña», más antigua que el cristianismo, no animara a los gallegos a regresar a esa su tierra de carnación femenina, jamás Santiago Apóstol hubiera vuelto a ver Iria Flavia, el Padrón de Rosalía, y las montañas siempre azules de Barbanza y del Feito. Pero Jacobus, aquel que asistiera en el monte Tabor a la transfiguración del Hijo de Dios, poseía lo que no tuvieron otros Apóstoles, dos gallegos por discípulos y compañeros en prédicas. Teodoro y Anastasio, ya muerto el Apóstol y estando en lejanas tierras, padecieron la ineludible «morriña» y regresaron a sus lares cumpliendo con su idiosincrasia en idéntica forma a ese otro gallego que va a las pampas argentinas o al Potosí peruano y torna indiano. Ellos, a fuer de padronenses puros, también volvieron ricos a Iria Flavia, al traer los restos de su maestro Santiago Apóstol, reliquias que no cambiaron, desde luego, por una casita y un prado con vaquiña y todo.

Desde entonces varió Galicia. Las naves griegas o fenicias ya no surcarían los mares tempestuosos de Occidente por ir en busca de sus minerales o de sus bestias; pero el deseo ardiente de orar ante la tumba de San Yago, ganando las almas cristianas, abriría trochas en esas tierras españolísimas de Cantabria. Esta fué la ganancia de Teodoro y Anastasio en Galicia. La de ahuyentar a mercaderes rapaces y atraer a peregrinos piadosos y opulentos como Rusinda, la legendaria fundadora del Conjo. Ganancia, al fin, y ciertísima, que no impedirá, sin embargo, el bandidaje de los descreídos normandos o de los imperiales de Sout, aunque sí obligó al arqueólogo inglés Street a contentarse con un vaciado del pórtico de la Gloria, y esto ya es mucho, por eso de que las cosas de Galicia privan al mundo entero y tienen siempre un alto valor universal, porque igual que ahora se encuentra una lata de sardinas gallegas en aceite en cualquier rincón de la tierra, antes era fácil hallar en Mongolia,

(Continúa en la página 82)



Foto
Kisado